

luminosa pero no menos célebre titulada: *Adagiorum opus, ó sea: Coleccion de adagios.*

La primera edicion de las *Conversaciones familiares* se hizo en 1519; á esta siguieron otras, siempre aumentadas, hasta la del año 1530, que es la mas completa. Las conversaciones tratan en lenguaje fácil y fluido diferentes asuntos, muchos de los cuales serian considerados hoy absolutamente impropios para la enseñanza de la juventud. Entre otros figura una reunion de mujeres que disputan sobre si han de admitir entre ellas á las solteras, y pasando despues á la clasificación, resuelven que el número mayor ó menor de hijos sea el que determine la mayor ó menor categoría de cada una; que la educacion de los hijos corresponda igualmente al padre como á la madre, y que las mujeres sean admitidas á los empleos públicos que no requieran el uso de las armas. En otra conversacion ridiculiza á los gramáticos, los cuales en una asamblea sostienen interminables debates sobre el vocablo *anticomarita*, que explican los doctísimos varones de mil maneras á cual mas necia, hasta que finalmente queda admitida una de las explicaciones en votacion general. En otras conversaciones se trata de la frugalidad, de la amistad, de la incontinencia, de las supersticiones é ideas erróneas que prevalecen en las diferentes clases de la sociedad; se critica á las posadas alemanas, tan mugrientas como miserables; se habla de la guerra y de la paz, de Ciceron, reconociendo su mérito, y de la sabiduría de los filósofos griegos, que hace exclamar al autor: «¡Oh Sócrates santo, ruega por nosotros!» Respecto de Ciceron dice: «Siempre que leo algun escrito de Ciceron, beso el libro y venero á su espíritu santo y lleno del hábito de Dios.» Entre estos y otros asuntos van diseminados por toda la obra consejos pedagógicos, modelos de frases de urbanidad, saludos, acciones de gracias, reglas de conducta para los escolares en la calle, en las clases, en todas las situaciones de la vida, pequeñas ó grandes.

La coleccion de adagios constaba, en su primera edicion del año 1500, de algunos centenares de refranes, hasta que aumentada en cada edicion sucesiva llegó en la mas completa, la de 1515, á mas de 4,000, entre refranes, sentencias y adagios, todos en traduccion latina, por supuesto, reunidos con el objeto de formar un cuadro de la sabiduría de los antiguos. El autor los coleccionó con inmenso trabajo tomándolos de los autores antiguos griegos y latinos, siendo, todos, segun su expresion, dichos célebres y conocidos pero expresados de una manera excepcional que merecia una explicacion. Al darla, la apoya en cada caso con muchos ejemplos sacados de los autores y en que el sentido es el mismo, ó análogo ó distinto. Para formar una idea del trabajo, basta saber que el editor dijo ya en la edicion del año 1508, que la obra contenia mas de 10,000 versos sacados de Homero, Eurípides y otros autores griegos. A estos agrega el autor casos prácticos, historias ó anécdotas á centenares para ilustrar las frases explicadas. En estas anécdotas alaba, critica y satiriza, segun el caso, á las mujeres, á los juristas, á los nobles, á clases enteras de la sociedad, y al mismo tiempo halaga la vanidad nacional de varios pueblos, elogia á muchos soberanos y á otros protectores encumbrados suyos y hombres de ciencia como al inteligente editor Aldo Manucio, de Venecia, á quien ensalza diciendo que la biblioteca de Tolomeo, aunque grande y célebre, tenia por límite la casa en que se hallaba instalada, pero que la de Aldo tenia por límite solo el confin del mundo (aludiendo á su autoridad de impresor). La obra es, pues, esencialmente humanista, una protesta del estudio correcto contra la ciencia rutinaria, y aunque hoy nos interesan poco sus cuentos y los pasajes de los autores antiguos, porque los sabemos y entendemos, gracias á los progresos de la enseñanza, no hemos de olvidar que en

tiempo de Erasmo era su libro un tesoro inapreciable para los que estudiaban las lenguas y literaturas griega y latina, y un lazo de union entre la civilizacion antigua y la moderna. Por esto mismo atacó Erasmo en ambas obras, tanto en las conversaciones como en los adagios y sentencias, á los teólogos y frailes mendicantes que traficaban con la religion, que ignoraban la Sagrada Escritura, y se mostraban ávidos de placeres materiales hasta el exceso bestial y observadores tan solo de las exterioridades del culto sin pensar en el espíritu de los preceptos de la Iglesia. También ataca en los adagios el poder temporal de los papas; «que gobiernen,—dice,—en las cosas espirituales, pero no en las temporales; que triunfen, pero no con las armas mundanas; que sean guerreros; pero solamente contra los enemigos de Cristo; que vayan armados, pero solamente con el escudo de la fe; que sean ricos, pero solamente en oraciones.»

Despues de estas dos obras grandes de Erasmo vienen naturalmente las sátiras, entre las cuales es la mas importante el *Elogio de la necedad*, publicada por primera vez en el año 1509 (*Laus stultitiae*), de la cual se han hecho muchísimas ediciones y ha sido traducida á muchos idiomas, comentada por eruditos y adornada con grabados por Holbein. Era moda entonces, como ya dijimos en otra parte, lucir el ingenio en alabanzas burlescas de vicios y cosas ridículas ó nocivas, como la pereza, la embriaguez, los excesos venéreos, las enfermedades y otras por el estilo; pero la obra de Erasmo se distingue de las análogas de otros poetas humanistas, no solo por sus cualidades especiales, sino también por ser mas general que las otras, bien que apenas sale del reducido círculo de la sociedad humanista. Esto y el querer ser general hace la obra difusa, sin precisar, como seria de desear, personas y cosas. La necedad es la que habla y se vanagloria de su vasto poder, presentándose como señora del mundo, á la cual rinden culto todas las naciones y personas, porque aquellas adolecen como estas de necias vanidades; como los pueblos germánicos, que se enorgullecen de «su gran estatura y de sus conocimientos en la magia.» Todos, hombres y mujeres, viejos y jóvenes, tiran del carro triunfal de la Necedad ó van encadenados á él. Los instrumentos y agentes mas eficaces de esta reina del mundo son el amor y el vino, que engendran los deseos materiales, la ira y todos los defectos y vicios que acompañan á la Necedad en su curso victorioso. Triunfante y engreida, pasa revista de sus obras por medio de su servidora la vanidad y el afán de gloria, que suscitan las guerras, las artes, el afán de oro y el orgullo de la nobleza de llevar sus genealogías hasta edades remotas. La astrología y todas las supersticiones, los aficionados á la caza y al juego y hasta los maestros de latin, ó sean los gramáticos, forman parte del séquito; estos últimos, contentos de haber enseñado á los muchachos el abecé ó de haber clasificado los vocablos latinos en las ocho partes de la gramática mejor que otros; y van también en la comitiva los filósofos venerables, con su luenga barba y su capa, que se creen ser secretarios íntimos de la naturaleza y desde su altura miran con sonrisa á los demás infelices mortales. El contingente mayor lo forman los teólogos, y al llegar á ellos se pregunta la Necedad si no fuera mejor pasar por alto la cohorte de estos santos varones, para no revolver el charco pestífero en el cual crecen tan hediondas plantas, y también para evitar que aquella caterva activa é irritable caiga sobre ella con sus argucias, silogismos y conclusiones, la obligue á retractarse y por último la denuncie por hereje. Sin embargo, se arma de valor y entra en la descripción peligrosa de los que llama sus hijos predilectos, sus partidarios mas celosos, los cuales dan prueba de ser solemnes necios con sus investigaciones doctísimas para demostrar por dónde el pe-

cado ha penetrado en el mundo; cuánto tiempo Cristo estuvo en el seno de su madre; si era hombre ó Dios cuando estaba colgado de la cruz; si despues de resucitar comió y bebió; si Dios puede tomar la forma de mujer, de calabaza ó de guijarro, y en sus sermones, desdendiendo el excitó á sus oyentes á una vida cristiana, pretenden profundizar misterios teológicos completamente estériles, como las significaciones místicas de las letras que componen el nombre de Jesus (esto va dirigido contra Reuchlin y sus cálculos cabalísticos), y otras cosas de este género. Entre estos necios los mayores son los frailes, «que se creen ser mas religiosos cuanto mas ignorantes son, y lo son tanto que ni siquiera saben leer; que rebuznando en la iglesia los salmos, sin entenderlos, creen halagar los oídos de los santos; que mendigan con desdoro, aullando cánticos, robando la caridad de los fieles á los mendigos necesitados, y con todo esto creen parecerse á los apóstoles.» Los mismos papas, quizás mas que los otros clérigos, son y han de quedar siervos de la Necedad so pena de perder todos sus privilegios y goces mundanos, pues que todas estas dichas las deben, tanto ellos como los demás príncipes de la Iglesia, á la Necedad. «Ahora,—sigue diciendo esta última,—miran los clérigos como anticuado hacer milagros, demasiado molesto enseñar al pueblo, demasiado escolástico explicar la Sagrada Escritura; el orar es para ellos ocioso, el llorar averginado, el vivir con escasez, ordinario, el ser humilde, vergonzoso é indigno; en lugar de desear la muerte, la quieren muy léjos, y lo peor para ellos es morir en la cruz, no obstante el ejemplo del Salvador.»

El *Elogio de la Necedad* fué el fruto del viaje á Italia del autor, que como Lutero y Hutten no habia podido menos de ver de cerca la corrupcion de la Iglesia; solo que era mas pusilánime que aquellos y á cada paso que daba hácia adelante volvía á retroceder espantado y se retractaba en seguida. Así, cuando vió que los teólogos se resintieron de lo que de ellos habia dicho en el *Elogio de la Necedad*, declaró en un escrito expreso que en el citado libro le habia guiado el mismo objeto que en su *Educacion de los Príncipes* y en su *Elogio de Carlos V*, á saber: «Amonestar en lugar de maltratar, ser útil sin ofender, fomentar las buenas costumbres y no empeorarlas.» A pesar de las retractaciones de Erasmo, es evidente que las obras de que hemos hablado y principalmente la última, son anticlericales y hasta cierto grado antireligiosas, y así lo comprendió la curia romana, la cual, á pesar de las distinciones y regalos de que los altos dignatarios de la Iglesia colmaron á Erasmo, puso algunas de sus obras en el *Indice*.

Muchos historiadores han considerado á Erasmo como varon sinceramente cristiano y católico, citando en prueba de ello sus trabajos relativos al Nuevo Testamento y á los padres de la Iglesia; pero estos son trabajos de lingüista y no de teólogo, y menos de católico celoso. De haber tenido celo por el catolicismo, no habria dejado sin contestacion los ataques formidables de los reformistas protestantes contra los papas y contra muchos preceptos de la Iglesia católica, y no habria aguardado á que Lutero tratara del libre albedrío para levantarse contra él. Lo que separaba á Erasmo de Lutero no era el protestantismo de este, sino su teología y filosofía, como le separaban de Reuchlin sus opiniones filológicas y estéticas. Tampoco le movió el ardor religioso á publicar el texto griego del Nuevo Testamento, uno de sus mas preclaros timbres de gloria, ni por celo devoto escribió sus hermosas y claras explicaciones de muchos pasajes de la Biblia que contribuyeron á dirigir la atencion de los hombres de estudio á este libro. Si trató de la Biblia y de los escritos de los padres de la Iglesia fué mas como lingüista que como cristiano ferviente.

Las ideas teológicas de Erasmo pasan en sus obras por tres períodos: el primero es el anterior á la reforma protestante; el segundo el de la reforma, durante el cual se modificaron aquellas ideas; y el tercer período es el posterior á la reforma. En el primero manifiesta deseos de una reforma religiosa general sin entrar en pormenores; en el segundo, durante el movimiento protestante, permanece mero espectador, y en el tercero se defiende contra los ataques de los protestantes y de los católicos. Esta conducta le condujo naturalmente á muchas contradicciones, de modo que en sus obras abundan pasajes que autorizan á los protestantes y á los católicos, á los indiferentes y á los radicales, á considerar á Erasmo como correligionario suyo, pero en el fondo domina la idea humanista; y como retrocedía indeciso ante las consecuencias extremas, excitó contra sí, mas que ningún otro jefe del partido católico, los ataques apasionados de los protestantes. El período teológico primero de Erasmo se revela en su *Manual del adalid cristiano*, que respira devocion, disgusto y desprecio de las cosas terrenales, pero al mismo tiempo lamenta la inteligencia rutinaria de la Biblia y muchas exterioridades del culto.

La Biblia era para Erasmo un libro venerando como fuente pura de la religion, por un lado, y de estudios serios por otro. Quería que se estudiara la Biblia, como todas las obras de los autores de la antigüedad pagana, es decir, considerando sus narraciones como alegorías que ocultan un sentido mas profundo que el aparente. La fábula de los gigantes, decia, es únicamente una alegoría que debe enseñarnos á no luchar con poderes superiores y á no salir de nuestra esfera, y la de la copa de Circe significa que los excesos del placer reducen al hombre á la condicion de bestia; así, continúa diciendo: «Si leyendo la Sagrada Escritura, tomas al pié de la letra que dos hermanos gemelos riñen dentro del seno de la madre, que un hermano vendió á otro el derecho de primogenitura, que este robó al primero artemente la bendicion del padre, que David mató de una pedrada á Goliath, y que Dálila cortó el cabello á Sanson, no harás mas que leer una fábula poética; pero leyéndolo como alegoría, descubrirás en muchas cosas el sentido superior, sin el cual no pocas parecen indecorosas, como las tretas de David, el adulterio que le hizo cometer un asesinato, el amor punible de Sanson y el incesto de Lot con sus hijas.» No entra Erasmo en la explicacion de estas alegorías ni hace falta para nuestro objeto. Guiado por este criterio, miraba también las ceremonias del culto como exterioridades que solo adquirirían valor si eran la representacion visible de ideas profundas, y le indignaban las personas que creian haber cumplido con la religion cuando habian observado las ceremonias y exterioridades que prescribe, y tranquilas volvían á entregarse á los vicios y crímenes, como si el cumplimiento de aquellas ceremonias les autorizase á cometer sus tropelías. A los mejores de entre estas personas superficiales, dice Erasmo: «Adoras los huesos de San Pedro y no su espíritu; aprecias mas un pedacito de su cuerpo, que miras por el vidrio, que el espíritu del apóstol que resplandece en sus escritos. Honras la imagen de Cristo hecha de madera, ó de piedra, ó pintada, y ¿no serias mas devoto si honrases su espíritu depositado en el Evangelio, que lo retrata mejor que podria haberlo hecho el mismo Apéles? No te aprovechas de esas reliquias tan admirables y eficaces; miras asombrado el pretendido vestido ó el sudario de Cristo, y en cambio cuando lees su doctrina, te duermes. Crees tener el tesoro de los tesoros en tu casa cuando tienes una partícula mínima de la verdadera cruz, lo cual no es nada comparado con la cruz que podrias llevar dentro de tu corazón.»

Es un error muy comun en los historiadores del protes-

tantismo señalar como desertores de su causa á aquellos humanistas que, como Erasmo, criticaban la práctica mal entendida de las ceremonias y exterioridades del culto y la conducta inmoral y liviana de los clérigos, y al mismo tiempo se mantenían apartados del partido protestante; pero no consideran que estos descontentos deseaban una reforma purificadora general y estaban muy distantes de contribuir á la formación de una secta que á su modo de ver era un nuevo peligro para la Iglesia general y alejaba mas que nunca toda esperanza de reforma. Por esta razón aquellos genios liberales é independientes se mostraron adversarios de la nueva secta y atacaron con ira y befa á sus prohombres. Estos ataques son muy frecuentes en las cartas y otros escritos de Erasmo, á contar desde el año 1522, y mucho mas en sus escritos filosófico-teológicos posteriores, como en la titulada: *De libero arbitrio*, publicada en 1526, y en la *Hyperaspistes*, impresa en 1527. En ambos escritos defiende Erasmo la bondad innata en el hombre y su libre albedrío, contra Lutero, que negó este último apoyando su opinión en las razones principales siguientes: 1.ª La incompatibilidad del libre albedrío con la Divina Providencia, con el poder del diablo sobre el hombre y con el pecado original, que inclina al hombre irremisiblemente hacia el mal. 2.ª El hecho de que los gentiles participaron de la divina gracia sin mérito suyo, mientras los judíos, á pesar de sus esfuerzos para ser justos, fueron injustos; y 3.ª Que la muerte de Jesucristo, consumada para salvarnos, habria sido inútil si el hombre pudiese llegar á alcanzar la perfección solo por sus esfuerzos propios. Erasmo en los citados escritos rebatió las razones de su contrario, fundándose en la bondad innata de la naturaleza humana, en la posibilidad de mejorarse, sin perjuicio de la presciencia divina, y en la intuición optimista que tenían los humanistas contra la pesimista de los reformadores. Respecto de los judíos dijo que si no se salvaron fué porque no comprendieron la esencia de la religión y la confundían con las prácticas exteriores.

Mucho trabajo costó á Erasmo sostenerse ileso entre la hueste católica fanática y la protestante. Para no contradecirse recordó alguna vez, si bien con toda precaución y prudencia, sus antiguas dudas sobre el misterio de la Trinidad, pero no sin protestar á cada paso de su ortodoxia católica. En cambio conservó su opinión escéptica respecto de la autenticidad y santidad de varios libros de la Biblia; criticó en los evangelistas la ignorancia de las leyes gramaticales, y sostuvo que muchas relaciones de la Biblia eran incomprendibles é insípidas si no se admitían como alegorías de un sentido mas profundo. Continuó considerando las ceremonias del culto como no esenciales, y á lo mas como signos visibles de la religiosidad del individuo, sin excluir el bautismo, que segun su opinión debia completarse, para ser eficaz, con una purificación y una santificación interiores.

Erasmo, Muciano, Reuchlin y Hutten deben ser considerados como los verdaderos jefes del humanismo alemán. Entre los primeros reinó siempre acuerdo, porque Muciano era modesto y ninguna importancia reclamó para sí. Respecto de Reuchlin estuvo Erasmo siempre tibio, porque su mérito, que reconoció, le causaba sin embargo envidia. Con Hutten riñó. En sus *Conversaciones familiares* hay una que lleva el epígrafe: *El soldado y el cartujo*. En ella disputa Hutten, que es el soldado, con el fraile, y ambos se echan en cara sus perversidades. En otra conversacion, titulada: *El matrimonio desigual*, habla del casamiento de una jóven con un hombre que está roído por una enfermedad fea é incurable, y cuyo único mérito es ser caballero noble. En ambas conversaciones se mofa Erasmo en cierta manera de la calidad noble de Hutten, pero en realidad la diferente índole

fué la que hizo incompatibles á estos dos genios, aunque la nobleza tuviera gran parte en la aversión que sentía el primero hácia el segundo, porque Erasmo era un hombrecillo, sin barba, de voz apenas perceptible y espantadizo, mientras Hutten era rudo, de voz áspera, barba cerdosa y aspecto guerrero. Hutten cuando andaba errante por el país llevando consigo todo cuanto tenia, se consideraba muy feliz si no le faltaban algunos libros, contando con la hospitalidad de los amigos en los pueblos donde hacia parada, porque le gustaba mas la independencia que la protección de los poderosos, á cuyo servicio solo se ponía en el último extremo. Erasmo, al contrario, buscaba y halagaba á los grandes, le gustaba enseñar, á los que le visitaban, sus grandezas, la multitud de cartas que le habían escrito sus amigos, los regalos que habia recibido de sus protectores opulentos y encumbrados, y cuando viajaba lo hacia con ostentación, para recibir las atenciones y homenajes de sus admiradores. Erasmo era autor de obras doctas que habian requerido tiempo, estudio, sagacidad y una laboriosidad perseverante. Era también cosmopolita; habia pasado su infancia en Holanda, su adolescencia en Francia é Inglaterra, y su edad viril en Alemania; no conocía mas patria que la república de las letras ni se sirvió en sus escritos de otra lengua mas que de la latina. En cambio Hutten era alemán y como tal se presentó en todas partes; se indignaba y avergonzaba de ver tratada su nación de bárbara, y tan pronto como hubo conocido que el movimiento humanista era la manifestación de una nueva era que se abría para la Alemania, escribió en alemán. Erasmo se creía un lumínar en el mundo intelectual, y aunque no dejaba de ser amante y fomentador de las letras, trabajaba en primera línea para su propia gloria; Hutten, por el contrario, trabajó casi siempre por causas grandes y por sus representantes, en favor de Sickingen y de la caballería alemana, de Reuchlin y del humanismo, de Lutero y de la reforma protestante.

Nuestras simpatías se inclinan al adalid valeroso, que si comenzó la pendencia con Erasmo fué porque era la parte ofendida, pues habiendo llegado de Alemania á Basilea, fugitivo, sin recursos, devorado por su enfermedad y casi moribundo, contando con la hospitalidad de Erasmo, recibió el doble desengaño de que este le rechazara por no hacerse enemigos y no exponerse á peligros, y de que en lugar de descansar tuviera que ponerse de nuevo en camino para buscar un asilo en otra parte. Irritado, escribió su *Expostulatio cum Erasmo*, á la cual este contestó con otro escrito, titulado: *Esponja para quitar las salpicaduras de Hutten* (*Spongia adversus aspergines Hutteni*), pero que dió á luz cuando este último habia ya muerto. En su acusación y reto ataca Hutten á Erasmo por su conducta en la causa de Reuchlin y de la reforma religiosa, cuyo partidario decidido fué al principio, y despues de citarle otras inconsecuencias é informalidades, concluye con un paralelo entre el papel lamentable que hacia entonces Erasmo y el brillante que hizo en otra época. Contra estas acusaciones bastó á este último citar la opinión que el mismo Hutten habia manifestado respecto de él en otro tiempo, á saber: que Erasmo era «el comentador mas laborioso y sagaz de la Biblia, el restaurador de la verdadera religiosidad, el exterminador de la superstición, el descubridor de las supercherías de los papas, el restaurador de las buenas costumbres antiguas, desfiguradas por innovaciones inspiradas por la ambición y la codicia, el apóstol é introductor de la libertad y el adversario de los opresores tiránicos de la cristiandad.» Estos timbres de gloria eran justos y las acusaciones de Hutten no podían empañarlos; pero no dejó por esto de tener razón cuando le acusó de inconsecuente y versátil, acusación de la cual se de-

fué Erasmo muy pobremente, á pesar de su prolijidad verbosa. Tampoco pudo lavar la mancha de su inhospitalidad egoísta cuando rechazó de su puerta á aquel de quien sabia que tenia contados los dias de su vida. Por otro lado, quéjase Erasmo con razón en su defensa de que Hutten con su lenguaje violento excitaba contra él á los enemigos fanáticos de los nuevos estudios, y de que perjudicaba, por consiguiente, á la causa comun, ó sea el humanismo. Respecto de la religión, separa en su escrito la causa del Evangelio de la de Lutero, y dice que él quiere las reformas, pero pacíficas, por medio de la persuasión y de la prudencia, y no impetuosas y á la fuerza, conforme expresa en el siguiente programa religioso: «Que los protectores del partido evangélico obren con sencillez y prudencia; que no armen conspiraciones, que no publiquen libros para denigrar é insultar á los papas y á los príncipes, porque con esta conducta se hacen daño á sí mismos y contribuyen al elogio de aquellos á quienes atacan. Que las personas doctas, en lugar de desacreditar su fama de tales con diatribas ruidosas, se reúnan y zanjen las desavenencias y comuniquen con franqueza y lealtad confidencialmente al emperador y al papa, como si hablasen con Dios, lo que les parezca mas conducente al bien de la humanidad y á la mayor gloria del Redentor.»

## CAPITULO XI

## ULRICO DE HUTTEN

Ulrico de Hutten nació el 21 de abril de 1488 en el castillo de Steckelberg, patrimonio de su familia, noble pero pobre. Su padre destinó á su primogénito á la carrera eclesiástica, quizás para que remediara mas adelante la pobreza de la familia, y á este fin envió al niño, á la temprana edad de once años, á la vecina colegiata de Fulda. Allí estuvo estudiando el jóven Ulrico por espacio de seis años, hasta que un dia, en 1505, antes de que le obligaran á pronunciar ningun voto, abandonó furtivamente la mansión monacal, y con Croto Rubeano, que le habia facilitado la evasión, se dirigió á Colonia. Despues de seguir allí por algun tiempo sus estudios, marchó á Erfurt, y no recibiendo ningun auxilio de sus padres, tuvo que ganarse la vida como pudo para estudiar. Esta miseria y su espíritu inquieto le hicieron correr sucesivamente de una parte á otra y visitar las universidades de Francfort del Oder, de Leipzig, Greifswald y Rostock, estudiando principalmente humanidades, haciendo poesías y dando conferencias. Despues de los citados centros universitarios, se trasladó á Wittemberg y á Viena, sin poderse fijar, á pesar de todos sus esfuerzos, en ninguna de estas poblaciones. Corriendo mundo, perseguido por la miseria, pasó en 1512 á Italia, y se dedicó en Pavia al estudio de la jurisprudencia y de la lengua griega; pero con la toma de esta ciudad en el año siguiente por los suizos del papa, perdió Hutten lo poco que tenia. Entonces la falta de recursos le obligó á sentar plaza en las filas imperiales, pero las dejó al cabo de poco tiempo para volver á sus estudios. Estas miserias y el odio que cobró á la jurisprudencia por ser materia enteramente opuesta á su genio inquieto y poético, despertaron en él al hombre político y le inspiraron el desprecio á los grados académicos, al régimen eclesiástico y al poder invasor é insaciable del papado.

De regreso á Alemania fué laureado solemnemente como poeta por el emperador el 12 de julio de 1517, pero no hizo uso del derecho, que le daba esta distinción honorífica, de enseñar oficial y públicamente la facultad de artes, porque sabia que para maestro no tenia paciencia; y como una enfermedad terrible, consecuencia de sus excesos juveniles y

que el arte médico de entonces era impotente para curar, le imposibilitaba de abrazar la carrera propia de un noble, admitió para vivir un empleo en la corte arzobispal de Maguncia, donde se encontró tan bien que hasta pensó en casarse. El servicio del arzobispo le permitió tomar parte activa y fogosa en las luchas espirituales que agitaban entonces todas las inteligencias de Alemania, y el prelado, su soberano, vió en secreto con buenos ojos los ataques á la curia romana del jóven patriota alemán, al cual, segun ya dijimos en otra parte, confió una misión diplomática en la corte de Francia. Hutten tomó parte en la guerra de la confederación de Suabia contra el duque Ulrico de Wurtemberg, al cual habia jurado venganza por un asunto de familia. En esta campaña hizo conocimiento con Francisco de Sickingen, en el cual creyó hallar un poderoso auxilio para sus planes políticos, religiosos y literarios, ya que habian salido fallidas las esperanzas que habia fundado en el apoyo del emperador Carlos V, al cual habia dedicado escritos llenos de ardor patriótico, y de Fernando, á quien habia tratado inútilmente de atraerse en varias entrevistas personales. En otoño del año 1520 dió Sickingen hospitalidad en uno de sus castillos fuertes, donde el poeta patriota tradujo para él sus obras latinas, á fin de hacerle penetrar mejor sus ideas. Despues aparece Hutten por corto tiempo al servicio del emperador, para desaparecer de la escena unos cuantos meses y aparecer despues otra vez en un castillo de su amigo Sickingen, forjando con él proyectos de reforma de la clase noble de Alemania y del mismo imperio, pero perdiendo el tiempo de obrar, el vigor y la honra en guerras locales y otras empresas de merodeo contra la gente pacífica. La mayor de estas empresas fué la invasión del territorio de Tréveris, que costó la vida á Sickingen, y Hutten, su compañero, perseguido por el emperador, los príncipes y los prelados, y odiado del clero, tuvo que abandonar el territorio alemán y refugiarse en Suiza. Permaneció poco tiempo en Basilea, luego algo mas en Mulhouse, de donde pasó á Zurich, en cuyas cercanías está la isleta de Ufenau, donde sucumbió á últimos del mes de agosto del año 1523, pobre y abandonado en su enfermedad.

Su última carta, fechada el 15 de agosto, fué dirigida al alcalde y consejo municipal de la ciudad de Zurich, y tenia por objeto defenderse de las acusaciones que contra él habia lanzado Erasmo y enviado á la misma corporación. En esta carta dice entre otras cosas: «Quiero que se sepa que desde mi infancia jamás he faltado á lo que debe esperarse de un noble, piadoso y cabal caballero.» Con esta expresión retratóse todo el hombre, porque Hutten era noble, y como nunca olvidó lo que debía á su clase, no permitió tampoco que otros desconociesen los fueros sociales y políticos de la nobleza. Su lema era: «Sincero sin ostentación.» (*Sinceriter citra pompam*), al cual agregó despues este otro: «Ya está hecho.» (*Alea jacta est*).

Otros humanistas escribieron polémicas y tratados sobre cosas, para escribir y ponerse en evidencia, sin que el asunto les apasionase; pero Hutten solo podia escribir cuando la pasión le dominaba, y con mucha razón dice Strauss, su entusiasta biógrafo: «La ira desató el talento de Hutten; sus obras crecen en importancia con la ira que le causan las personas y los obstáculos que encuentra.»

Las primeras personas que excitaron su ira fueron los Lötze, en Greifswald. Henning Lötze, el hijo, era profesor de jurisprudencia en aquella universidad, y el padre, por recomendación suya, admitió al jóven Hutten en su casa y á su mesa, vistiéndole y tratándole en un todo como un miembro de su familia, y por ser noble, todavía con mas respeto y cortesía. No duraron mucho esta buena vida y esta con-